

Desafíos para superar un sistema político sin partidos¹

Desde los trabajos seminales de Weber, Duverger, Michells y la amplísima investigación desarrollada posteriormente por la Sociología y la Ciencia Política, sabemos que los partidos políticos son importantes. Las razones son variadas pero quizás la más trascendente es que a través de estas entidades es posible canalizar las demandas ciudadanas hacia el sistema político para posteriormente generar resultados específicos - también llamados políticas públicas-. Luego, los partidos políticos están en capacidad de representar los intereses de diferentes sectores sociales porque están provistos de reglas institucionales que permiten traducir un amplio conjunto de peticiones a unas pocas que sean distintivas del grupo. Esto se conoce en Ciencia Política como “plataforma partidista”; es decir, las ideas esenciales que personifican a un partido político.

No obstante, esta idea no es fácil de capturar por parte de la ciudadanía pues, aún sin partidos políticos es posible generar políticas públicas. En dicho escenario, la ausencia de partidos lleva a que el gobernante de turno persuade a la población de que sus decisiones políticas no están dadas en función de una plataforma partidista sino que representan los intereses de toda la población. Tal esquema lleva a que los electores y la ciudadanía en general se dividan entre quienes son parte del “todo” representado por el gobernante y los “otros” que no representan a nadie ni se ven reflejados en organización política alguna. A este segundo grupo se los considera como facciones opositoras no al gobernante sino al “todo” ciudadano que aquél representa. Con el paso del tiempo la polarización social se incrementa y la idea de que los partidos políticos no son un elemento básico de la democracia se va consolidando.

El punto central aquí es que la idea que proclama la inutilidad de los partidos solo puede ser combatida, precisamente, por los propios partidos. A diferencia de lo que ocurre en una arena política en la que existe competencia y, por tanto, los partidos pueden ser observados y evaluados en función de sus contrapartes, cuando el escenario carece de agrupaciones políticas la tarea se torna más compleja. Así, la construcción de partidos en un esquema como el de Perú luego del “autogolpe” del Presidente Fujimori, el de Bolivia inmediatamente después de la llegada al poder del Presidente Morales o el ecuatoriano en la actualidad, requiere consideraciones específicas. Algunas de ellas, se desglosan a continuación.

Ante la carencia de ideas políticas que orienten la competencia partidista, el punto de partida para la construcción de agrupaciones políticas es la definición de una plataforma, entendida en los términos ya anotados. Aunque lo dicho parezca algo obvio y evidente, en realidades como la ecuatoriana esa no es la apreciación que tiene la opinión pública y los propios electores respecto a los nacientes partidos políticos. En efecto, tanto candidatos como partidos aparecen ante los medios de comunicación con un discurso vacío de contenido, anclado en retóricas carentes de vigencia y, eso sí, articulados alrededor de la oposición irreflexiva y sin mayor argumento al gobierno del Presidente Correa. Bajo dicha propuesta, quien termina erigiéndose como la gran y única opción es, precisamente, quien sin necesidad de partido político genera las

¹ Este artículo fue elaborado originalmente para *Carta Económica*, una publicación mensual de CORDES. Agradezco a Sebastián Oleas por su autorización para reproducir el texto por este medio.

políticas públicas que, por la ausencia de competencia política, se las asume como representativas del “todo”.

Dicho en otras palabras, lo que se sostiene es que quienes se decidan a hacer política bajo los parámetros anotados, los de la confrontación por la confrontación, están condenados al fracaso profundo. La razón no es que el Presidente Correa sea un súper candidato, la razón es que ellos son miopes para entender la política. La razón, en definitiva, es que la estrategia de polarizar al electorado siempre le será más efectiva a quienes gobiernan en contextos de ausencia de partidos. No de otra forma se puede entender que durante cinco años los partidos y líderes de oposición hayan tenido una presencia tenue y, a la par, que la aceptación popular del Presidente Correa sea una de sus principales cartas de presentación.

Partiendo de la idea de que es necesario que los nuevos actores políticos reconozcan los aciertos del Presidente Correa, el siguiente paso es la discusión de una agenda política, económica y social, que ofrezca al electorado una alternativa específica. Así, el gran reto de los nuevos partidos es transmitir a la población la idea de que las políticas públicas que actualmente son exitosas es posible mejorarlas y ampliar su cobertura a un número más amplio de la población. A la par, el segundo gran desafío constituye la construcción de ideas que den respuestas claras y pragmáticas a aquellas dimensiones de la política en las que el gobierno nacional ha demostrado resultados poco eficientes. En definitiva, si se pretende generar competencia partidista en el Ecuador es necesario que las nuevas agrupaciones lleguen a los próximos comicios cargadas de una caja de herramientas lo suficientemente consolidada para dar respuestas a un electorado que, por la ausencia de competencia existente, se ha acostumbrado ya a las propuestas de un solo proveedor.

Los temas sobre los que los nuevos partidos deben trabajar son varios y de diferente orden. Una propuesta de desarrollo económico es uno de los puntos más importantes. Ante la inexistente dicotomía entre mercado y estado las propuestas deben enmarcarse en el grado de intervención estatal que se considera óptimo. Así, los nuevos partidos y actores políticos deben distanciarse unos de otros por la visión que tengan respecto a la capacidad de la ley de la oferta y la demanda para alcanzar equilibrios sociales. Tal distinción es útil para generar competencia política puesto que la teoría política positiva ha constatado que temas como este sirven a la población para analizar espacialmente las propuestas y en función de ellas tomar una decisión. Omitir una declaración al respecto no hará más que consolidar el escenario político nacional como un espacio sin partidos y, como consecuencia de ello, como una arena en la que la relación tensa del único proveedor respecto a quienes no están de su lado se profundizará.

De otro lado, la forma de entender determinados problemas sociales y culturales debe ser parte de la plataforma partidista de las organizaciones que busquen cubrir el espacio político actual. Temas relacionados con las diferencias sexuales, el aborto o el uso de drogas deben ser parte de las propuestas específicas. Equivocadamente se suele creer que un pensamiento liberal en términos económicos, vale decir, una visión que inclina la balanza más hacia el mercado que hacia el estado, tiene una correlación directa con una posición de tolerancia respecto a los temas antes mencionados. La experiencia de Ecuador y de la mayoría de países de Latinoamérica da cuenta de una disonancia al respecto. En otras palabras, la política de la región puede perfectamente encontrar actores liberales en términos económicos y conservadores en cuestiones sociales. De la

misma forma, estadistas convencidos pueden ser a la par conservadores en temas como los expuestos.

Hasta hace un par de décadas atrás, colocar en la agenda política temas álgidos como los relatados no eran vistos como una buena estrategia política pues “la gente no estaba preparada para ello”. No obstante, el surgimiento de derechos de tercera generación y la rapidez con las que las telecomunicaciones ponen a cualquier país en la picota de los debates mundiales, ha provocado también que dentro del electorado nacional estas temáticas sean importantes. Para la generación de un sistema de partidos sólidos no importa si las agrupaciones políticas están a favor o en contra del aborto, el matrimonio homosexual o el uso personal de drogas, lo que es necesario es que dentro de sus plataformas conste una declaración expresa al respecto. Al igual que en el plano económico, la ausencia de un posicionamiento firme llevará las aguas, nuevamente, hacia la polarización y la idea ya difundida de que se puede vivir en democracia sin partidos políticos.

En la misma línea, es necesario que los nuevos actores partidistas presenten una propuesta clara para el manejo de la seguridad en general y de la seguridad interna en particular. No basta con plantear que este tema no ha sido resuelto por el gobierno nacional -como parecería ser el caso-, es imprescindible establecer las soluciones al efecto. Luego, el electorado requiere conocer los partidos que defienden una política criminal mínima -de bajas penas y mucha prevención-, quienes consideran que la mayor represión es la vía óptima e incluso a aquéllas agrupaciones que asumen que la pena capital constituye un buen instrumento de reducción de conflictividad. Más allá de plantear un juicio de valor sobre la moral pública envuelta en las propuestas anotadas, es necesario señalar que en sociedades complejas como la nuestra los partidos siempre encontrarán electores cautivos para cualquiera de las opciones mencionadas.

Cuál es el estilo de hacer política que más conviene al Ecuador es el último y quizás más importante tema de la plataforma que los partidos deben construir. La política observada como la búsqueda del poder por el poder, la política entendida como una relación de conflicto permanente -vía lógica de amigo/enemigo-, la política vista como la negación del “otro” o la política analizada como la arena de conflicto que es posible procesar a través de la tolerancia. Esas son algunas de las opciones y es una decisión autónoma de los partidos definir cuál será su línea y el electorado al que se perfilan. Aquí simplemente se acotará que algunas de las posibilidades anotadas han sido la causa del escenario político al que ahora se enfrenta el Ecuador. Insistir en tales estrategias quizás aporta a profundizar el esquema actual más que a modificarlo. Insistir en tales prácticas, como ya se ha dicho, constituye la semilla perfecta para que el único proveedor mantenga las lealtades ya construidas.

En definitiva, aunque sabemos que los partidos son importantes y que se necesita de ellos, lo que nuestros actores políticos parecen desconocer es que en un escenario de pulverización de las agrupaciones políticas -como es el ecuatoriano-, la generación de alternativas reales implica una inversión inicial de dos recursos: tiempo e ideas. Aunque el primero podría ir en función del segundo, a la fecha es un factor determinante. El próximo proceso electoral está a las puertas y durante los últimos cinco años lo que quedaba de los partidos tradicionales y los emergentes perdieron buena parte de su tiempo en temas coyunturales a los que hábilmente los condujo el gobierno nacional. Sobre el segundo recurso la cuestión es más grave aún pues depende de capacidades y masa gris. Si dentro de las nuevas agrupaciones no se prioriza el debate político y la

formulación de propuestas de gobierno alternativas, el electorado seguirá prefiriendo al único proveedor que ahora mismo le ofrece políticas públicas a bajo costo. Al final, si los otros van a ofrecer lo mismo que ahora tengo e incluso menos pues ellos no tienen los recursos públicos, mi opción será quedarme con lo ya conocido. Esa es la reflexión del común de los votantes.

Un sistema político sin partidos, como el ecuatoriano o el peruano de Fujimori, es posible que persista y se afiance bajo las lógicas de la polarización y la provisión de bienes y servicios por parte de un solo oferente. Es posible también, y casi inevitable, que en un momento colapse y provoque consecuencias fatales para la población. Lamentablemente, ese es un tema del largo plazo que al común de los electores no le interesa. Por tanto, la vía para salir de la política sin partidos es que sean las propias agrupaciones políticas las que impidan mantener un escenario de ese tipo. Desde luego, juntar ideas innovadoras y propuestas de gobierno alternativas no es una tarea fácil pues requiere tiempo y capacidades. La otra alternativa es construir maquinarias electorales, candidatos de papel y discursos sin sustento. Esta opción, que dio resultados en tiempos pasados, a lo único que conducirá en el presente es a la profundización de la política sin partidos y a la sedimentación de la hegemonía del único proveedor. Los nuevos partidos y sus líderes tienen la palabra.